

**BOLIVAR,
DIRIGENTE REVOLUCIONARIO
por Alvaro Delgado**

Contribuir al esclarecimiento de la figura de Simón Bolívar entre nosotros tiene especial interés en estos momentos. Todavía nuestra juventud sigue esperando la evaluación sistemática de la guerra anticolonial que nos dió la independencia de España. La historiografía Colombiana y Venezolana sigue cargando una responsabilidad de la cual no ha dado entera cuenta.

Hay autores "bolivaristas" y autores "santanderistas"; estos abundan por aquí; aquéllos, del otro lado de la frontera. En el siglo pasado el buen tono estuvo en pertenecer a uno u otro bando. Hoy continúa perviviendo la fantasía. Existen todavía familias e institutos docentes "santanderistas", y académicos de historia que son devotos apasionados de uno de los ángeles: o Bolívar, o Santander.

Es evidente, además, que algunas cosas importantes fueron más claras para los políticos e historiadores de la primera república y de comienzos de la segunda, que hoy para nosotros. Mucha falsificación ha ocurrido detrás de los patriotismos colombiano y venezolano, en el vano esfuerzo por recoger unos laureles que nunca fueron de nadie diferente del pueblo.

Posiblemente todo ello tenga que ver con la marcada tendencia de nuestra historiografía oficial a ver los períodos como un todo idéntico e inmodificable. Entienden el régimen republicano granadino como cosa hecha desde 1.810 o desde 1.819, según el criterio que se tenga sobre la guerra anticolonial, y casi ninguno quiere ver la verdadera culminación de esa etapa en 1.825, cuando finaliza realmente la guerra para los colombianos. Dan por descontado que la república de 1.810 es igual a la de 1.830. No perciben el proceso de formación del régimen de la burguesía comercial y por eso a menudo limitan la causa de los problemas a "errores" de Bolívar de Santander, de Páez. Pero lo "negativo" no fué la rebelión de los venezolanos o la conciliación de Bolívar sino el alejamiento de los beneméritos de la independencia de las masas populares, del porvenir de ellas en la nueva

situación política que creó la victoria contra la metrópoli. En el fondo de las divergencias republicanas estaba la búsqueda del poder por la clase burguesa americana, su escaso desarrollo económico y político, que copiaba formas extranjeras norteamericanas o inglesas o españolas.

Pero ya está claro que se sabe de Maquiavelo, Napoleón o Martí, no por sus cualidades morales sino por la concepción que ellos tuvieron de la sociedad, por el desenvolvimiento práctico de esa concepción. No nos importa qué sentía Hitler; importa que sumió a Europa en el facismo y la guerra. El asunto, pues, no son los aciertos o las equivocaciones graves, sino la verdad general. Estamos obligados a encontrar el pleno día en medio de la tempestad social de hoy, para alumbrar mejor los pasos que han de vencer. Es inevitable que intentemos, una y otra vez, encontrar las respuestas. Como afirmaba don Tomás Rueda Vargas, es necesario "encender un momento la lámpara tranquila de la historia".¹

Tenemos que empezar por desechar la idea de que los líderes revolucionarios de la primera república eran zonzos, ignorantes, incapaces de comprender la situación política nacional o internacional del momento. No hubo ninguna "patria boba". Nada más falso y abusivo. Mucho tiempo atrás, Berbeo era, si se quiere, un experto en asuntos internacionales, y Galán supo nítidamente lo que hacía y comprendió que eso lo llevaba a la muerte. Los revolucionarios que plantearon en 1.808 la constitución de órganos de gobierno en nombre del cautivo Fernando VII sabían que eso era tanto como declarar la independencia de las colonias. La idea de la independencia estuvo firmemente aposentada en la cabeza de los patriotas políticamente más esclarecidos². Pero aún antes de ello, el movimiento insurreccional de Gual y España prohijaba esa misma concepción. Y Fermín de Vargas ? Y Nariño ?

Lo que Bolívar hizo fué imprimirle a la guerra civil que se encendió en Venezuela, Nueva Granada y el continente entero una perspectiva revolucionaria, social, liberadora. Su gran mérito estriba en haber enderezado por dicho camino a un movimiento fulgurante que en los primeros cinco años no estuvo en su arbitrio dirigir ni decidir, un movimiento que obraba bajo el comando de un criollismo ambicioso de prebendas sociales y cuyo primer congreso republicano había proclamado que la felicidad de la sociedad consiste "en goce de la libertad, de la seguridad, de la propiedad"³

1. Tomás Rueda Vargas. Escritos. Tomo I, página 167.

2. Blanco y Azpurúa, II, doc. 408.

3. Ob. cit., III, doc. 564.

Hoy, como entonces, los pueblos vuelven a producir sus libertadores en Vietnam o en Angola, y la verdad general de la lucha de clases se confirma. Bolívar, en su tiempo, es el máximo dirigente de la revolución. Él abre las páginas mundiales de ese movimiento y cierra su etapa heroica. No tuvo oportunidad de vivir más allá, y quizá por eso su figura brilla con mayor persistencia y esplendor.

1

Qué circunstancias hicieron del terrateniente Simón Bolívar un ejemplar dirigente revolucionario, un capitán de la burguesía suramericana en ciernes ?

Bolívar fué conspirador desde el primer momento de su aparición en la escena política, cuando el criollismo caraqueño - empleando el mismo truco que fuera aplicado a Amar y Borbón en Bogotá - se movió bruscamente para impedir una supuesta entrega a los franceses por parte del gobierno de la capitania general. La primera gran cualidad del futuro líder es su determinación en favor de la independencia absoluta de Venezuela.

Es sabido que las declaraciones de independencia absoluta posteriores a la instalación de las juntas de gobierno fueron - como se estableció en el congreso de Venezuela en Julio de 1.811 - apenas la protocolización de lo que ya era un hecho cumplido.⁴ La sociedad patriótica, de la cual Bolívar era miembro junto con Miranda y Miguel Peña, jugó papel de primer orden en esa coyuntura, se desempeñó como catalizador del movimiento independentista frente a un congreso con fuertes tendencias moderadas, y le obligó finalmente a recoger sus opiniones.

El mismo ánimo conduciría a Bolívar a oponerse tercamente a la capitulación patriota de 1.812 y a denunciar a Miranda, quien - como le ocurriría después a su censor - obraba de acuerdo con la política de Inglaterra en ese momento aliada de España contra Francia y deseosa por lo mismo de una reconciliación de las colonias con la Madre Patria.⁵ Al margen de las graves implicaciones que acarreó semejante indisciplina de la oficialidad patriota, el joven coronel obraba de acuerdo con el sentido en que se desenvolvía la lucha.

4. Ob. cit., III, docs. 565 y 567.

5. Ob. cit., III, doc. 688, acap. LX.

Igual tenacidad se repetiría una y cien veces en el futuro, porque en el fondo de ella bullía la irrefrenable determinación de hacerse al comando del movimiento emancipador. En adelante, cuantas veces fué desconocida su autoridad, su dirección justa o errátil de las cosas de la guerra o de la política, otras tantas se levantó su voluntad de imponer sus ideas. En las llanuras del Apure, en el Valle del Magdalena, a las puertas de Santa Marta o Bogotá, ante la oligarquía peruana o guayaquileña o en la convención de Ocaña siempre batalló y triunfó su empeñamiento.

Su vocación de Jefe estaba, sin embargo, temperada, protegida por su norma de que "no hay regla absoluta ni principio infalible".⁶ De él escribió O'Leary que "sabía refrenar su voluntad de hierro (...) pero procurando siempre que sus concesiones no comprometieran su autoridad"⁷. "Mantener la unión y no comprometer jamás su autoridad" fué su guía, verdadera regla de oro del dirigente político. Su sobriedad en el comer, el beber y el dormir; su carácter persuasivo al tiempo que autoritario; su generosidad con lo propio y su templanza extrema con lo que pertenecía al Estado; su conocimiento personal de oficiales y figuras populares, todo ello fué el acompañante de su personalidad de dirigente revolucionario.

No existe el revolucionario en abstracto. Se es revolucionario en nombre de una clase social. Bolívar lo era de la burguesía naciente de América, identificada con amplios intereses de toda la nación. Pretender extraerlo del seno de su clase para magnificarlo en el pueblo es una tarea inútil, una jugarrera a la historia.

Por lo demás, nada es comprensible sin considerar al dirigente en la situación social de su época. La de Bolívar fué la de una economía colonial en crisis; un Estado republicano que abolió los impuestos coloniales y tuvo que restituirlos; una guerra que se tragaba todo; una burguesía políticamente mezquina, regionalista, que le negaba colaboración al nuevo régimen; un pueblo analfabeta, acostumbrado a trescientos años de monarquía colonialista; en fin, unos amplios sectores sociales a los cuales no beneficiaba

6. Simón Bolívar. Obras completas, II, doc. 1083.

7. Daniel F. O'Leary. Memorias, III, cap. Vigésimo.

directamente la tarea enorme que él y los suyos habían emprendido. Cuando brilla con más luz el genio bolivariano, desde los momentos culminantes de la guerra hasta su muerte, hay un país en crisis económica y social todavía más profunda, rodeado de las apetencias del gran mundo capitalista. Sin pretenderlo, Bolívar resumió alguna vez el gran drama: "Nuestra vida no es otra cosa que la esencia de nuestro pobre país",⁸ expresó.

2

El sentido de sus palabras descubre los resortes ideológicos que movieron al hombre burgués de la Independencia. Bolívar fué el dirigente porque, partiendo de una concepción ideológica correcta, se convirtió en el principal educador político del movimiento emancipador.

Enfrentado a la desconfianza y al abierto sabotaje de sus oficiales y amigos políticos, el general caraqueño se batió por las más audaces ideas de su época. El soldado sorprendido por el enemigo y a quien un subalterno le niega la cabalgadura que pide para salvar la vida, pocos meses más tarde es el dirigente genial que emprende la expedición definitiva sobre Nueva Granada. El recién derrotado por la primera vez en Venezuela, en lugar de desesperar o de predicar locuras, sostiene vivamente la necesidad de desplegar la lucha política paralelamente con la lucha armada, como única alternativa para vencer. En pleno fragor del combate, cuando está a la cabeza de fuerzas poderosas, concierta acuerdos diplomáticos con el enemigo.

Pero Bolívar fué más allá. Proclamó que la revolución no puede respetar las fronteras políticas que ha impuesto el viejo régimen, y que debe obligar a ser libres a quienes, ganados por la astucia del enemigo, se empeñan en resistir el cambio. Así obró en Coro, en Maracaibo, en Pasto, en Guayaquil. La ofensiva de sus ejércitos hacia el sur del continente la emprendió no solamente para exterminar las últimas fuerzas de la Reconquista española y afianzar el dominio republicano, sino también con el criterio de enfrentar resueltamente, en su propio terreno, los sentimientos monárquicos que pervivían en la región y frenar las tendencias aislacionistas y separatistas todavía muy fuertes en la mayoría de las provincias liberadas.

Ya en 1813, cuando contaba treinta años de edad, el gran conductor revolucionario que había en Bolívar se reveló con toda intensidad. Su magistral análisis autocrítico de la derrota de la primera república venezolana lo coloca como el primer pensador y educador político. Su reflexión lo condujo a sostener que la principal causa del desastre estaba en los errores

8. Simón Bolívar. Ob. cit., II, doc. 1204.

políticos de los republicanos: la división y el espíritu partidista que reino entre los dirigentes del movimiento; la tolerancia y benignidad inauditas frente a la contrarrevolución; la adopción del funesto sistema federal y de formas de gobierno liberales, legalistas, incapaces de salvar la república del caos; la oposición a conformar un ejército republicano profesional, disciplinado y veterano; el alejamiento de los campesinos de sus tierras; las pugnas y rivalidades entre las provincias, que alentaron la guerra civil; la dilapidación de fondos públicos en el pago de una frondosa burocracia oficial; la pérfida intervención del clero realista, nunca castigada y que se valió hasta del terremoto de 1812 para profundizar entre las masas populares el odio a la causa republicana.⁹...

El desafío que entrañaba semejante verificación fué constante, taladrante sobre cada uno de los líderes de la revolución. Quienes atravesaron la tempestad sin perecer - Bolívar y Santander, en primer lugar - conservaron su liderazgo a la fuerza. Eso les enseñó a esperar cualquier cosa de la lucha política. "Yo estoy resuelto a todo; por liberar a mi patria declaré la guerra a muerte, sometiéndome, por consiguiente, a todo su rigor; por salvar este mismo país estoy resuelto a hacer la guerra a los rebeldes aunque caiga en medio de sus puñales",¹⁰ escribía Bolívar a principios de 1.827, cuando estaba en furor la insurrección venezolana.

Su personalidad es excitante. A principios de 1.824, en los preparativos de la ofensiva final de la guerra, se sobrepone a los infinitos problemas militares, orienta la política exterior de Colombia, estudia y califica los fenómenos mundiales, sigue buscando el reconocimiento de las repúblicas por las potencias del mundo y al mismo tiempo interviene con pasmosa autoridad en minucias de los aprestos bélicos. "Necesitamos, querido general" escribe a José Lamar, su compañero de mando en suelo peruano - hacernos sordos al clamor de todo el mundo; porque la guerra se alimenta del despotismo y no se hace por el amor de Dios, no ahorre Vd. nada por hacer, despliegue Vd. un carácter terrible, inexorable. Discipline Vd. la fuerza de su mando, así de caballería como de infantería. Sino hay fusiles, hay lanzas. Además, yo espero tres mil fusiles de Colombia por momentos; una tercera y una cuarta fila de lanceros no son inútiles en un combate, y sirven también para llenar las bajas que son horrorosas en los cuerpos nuevos. Tome Vd. 5.000 reclutas para que le queden 1.000 o 2.000; haga Vd. construir mucho equipo, muchas fornituras en toda la extensión del departamento; cada pueblo, cada hombre sirve para alguna cosa: pongamos todo en acción

9. Ob. cit., III, Parte Segunda, docs. 4 y 5.

10. Ob. cit., II, doc. 1318

para defender a este Perú hasta con los dientes. En fin, que una paja no quede inútil en toda la extensión del territorio libre".¹¹

La experiencia, por lo demás, le enseñó a estar siempre alerta frente a las maniobras internacionales que se fraguaron contra las repúblicas suramericanas. A principios de 1825, cuando corrieron rumores de una inminente invasión francesa a Colombia, consideró improbable la aserción pero rápidamente tuvo listo un plan de guerra prolongada para enfrentar al presunto agresor, incluida la artimaña de acusarlo de ateo, hereje, verdugo de sacerdotes, destructor de templos e imágenes sagradas.¹² Un plan de emergencia continental esbozó ese mismo año cuando tropas brasileñas invadieron territorios del Alto Perú.¹³

En asuntos diplomáticos tiene otra filosofía, algo irreconocible en su personalidad apasionada: su consejo es observar "calma, calma, calma; retardo, retardo, retardo; cumplimientos; palabras vagas; consultas; exámenes; retorsiones de argumentos y de demandas (...) divagaciones sobre la naturaleza de la cuestión y de los documentos ...y siempre mucha cachaza y mucho laconismo para no dar prenda al contrario".¹⁴

La lidia de las cortes europeas, tanto como la de los campos de batalla, enseñó todo eso a los orgullosos aristócratas suramericanos. Bolívar comprendió tempranamente que también su país, su Venezuela atribulada, estaba en el centro del universo. Para sí mismo, se volvió una figura importante, trascendente, solo porque era un americano. En torno suyo hervía la miseria, pero el gran reino colonial se desplomaba.

3

El triunfo final de Ayacucho bien pudo darse en Bolivia, Argentina o Chile. De todas maneras ese lance, al barrer temporalmente las fronteras del imperio Español en América, hizo invencible la guerra revolucionaria gestada en Venezuela.

Nada es quizás más importante en Bolívar que su concepción internacionalista de la revolución. Para él, ningún punto en el continente americano fué extraño a la batalla que se trabó en suelo venezolano. En todos ellos percibió la respiración de su clase social, resuelta por el cambio que le diera el poder.

11. Ob. cit., I, doc. 749

12. Ob. cit., II, doc.859

13. Ib., docs. 890 y 891

14. Ob. cit., II, doc. 876

La entrevista del Callao representa los más elevados alcances del movimiento anticolonial americano, y la mano del criollismo santafereño deteniendo a Bolívar a punto de intervenir en Río de la Plata contra la monarquía brasileña es la mano de la reacción provinciana, escasa de miras políticas, perpleja ante los trazos de su destino como clase en ascenso. ¿Qué diferencia podría marcarse entre esa actitud y la interposición de los gobiernos británico y norteamericano en los planes bolivarianos de liberación de Puerto Rico y Cuba ensayados después de 1810?

La estrategia bolivariana, sin embargo, no pudo ser demeritada. Los "guardianes de la Ley" neogranadinos hubieron de aceptar a regañadientes que se justificaba la intervención en los asuntos internos de un país si ella estaba dirigida a contribuir a su liberación del yugo español.¹⁵ Tal era la contrapartida frente a los planes contrarrevolucionarios de la Santa Alianza y a la puesta en marcha de la perniciosa Doctrina Monroe. Ya alguien ha escrito que "San Martín, Sucre y Bolívar (...) no son héroes de tal o cual país sino héroes de una raza difundida por todo el continente", y que "la revolución del Sur, salida de Buenos Aires, y la revolución del Norte, salida de Caracas, hacen su conjunción en Perú y Bolivia y forman un solo movimiento político y militar que engloba todo el continente".¹⁶

El deber internacionalista pretende negarse hoy al proletariado, que ha ido al Asia, al Africa y La América Latina a defender la revolución anticolonial contemporánea. Los "amos del mundo" no pueden querer que se repita la experiencia del siglo pasado. La lección bolivariana, pese a todo, sigue fresca.

La idea internacionalista se concibió en Venezuela desde un principio, por la natural desconfianza hacia las maniobras del gobierno peninsular y por el temor a las medidas agresivas que pudieran adoptar las otras grandes potencias contra la soberanía de las excolonias americanas. El asalto francés a España en 1808 alentó y aleccionó a los republicanos de América. Lo primero que hace la junta de gobierno de Caracas es enviar comisiones de buena voluntad no solo a otras regiones del país sino también a las antillas, Gran Bretaña y los Estados Unidos. En mensaje dirigido a los cabildos de América, la junta lanzó igualmente la idea de constituir una federación de

15. R. Cortázar. Cartas y mensajes de Santander, IV, doc. 1697

16. R. Blanco-Fombona. Prólogo de "Vida del Libertador Simón Bolívar", por Felipe Larrazábal.

países iberoamericanos. Bolívar hace su primer llamado a la federación en sus cartas de Jamaica, lo renueva en 1822 y una vez más en vísperas de la decisiva batalla de Ayacucho.

Jamaica era un cruce de caminos del Nuevo Mundo, y en él Bolívar optó por la única y fragosa vía de la revolución continental. El desobedecido y derrotado oficial que va a Jamaica recupera rápidamente su fé en la victoria sobre los colonialistas. La carta de Jamaica es un examen de la situación del movimiento republicano en el Nuevo Mundo, donde aparecen claras manifestaciones bolivarianas de desconfianza en la república liberal, y si no simpatía abierta por el monarquismo, sí la afición de toda su vida a la idea de que dentro de su seno "Los Estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternos que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra".¹⁷ El Libertador esbozó el futuro político de las colonias hispanoamericanas; planteó la idea de unir Nueva Granada y Venezuela en un solo país; sugirió una confederación de Estados Libres de América y señaló la vía de su creación en un congreso de representantes de pueblos que debería reunirse en Panamá. Tales concepciones tendrán desenvolvimiento en todo el decenio 1820 — 1830 con resultados tortuosos y en medio de una atmósfera política cargada de turbulencias dentro de la cual el proceso independentista buscaba su expresión republicana.

Era el esfuerzo por evitar que la república de la burguesía y los terratenientes venezolanos llegara a sucumbir nuevamente víctima de su propia debilidad e invalidez ante las potencias. El régimen liberal, tal como lo pintaban los "innovadores", no ofrecía confianza para eso. Un gobierno vigoroso estaría en condiciones de poner orden al país, defender sus fronteras y aplastar los conatos de separación de las provincias.

La ingerencia de los Estados extranjeros fué fundamental en esa coyuntura. Inglaterra se presentaba como protectora poderosa; Francia exigía como condición para reconocer estos países, directa intervención en ellos del gobierno de los Borbones; los Estados Unidos encontraron la manera de intervenir en la guerra colombo-peruana y en la disgregación de la Gran Colombia; España, en fin, se esforzaba por recuperar las colonias, con las esperanzas puestas en el caos del Perú.

El espectro de la amenaza norteamericana había aparecido antes de darse el movimiento de independencia de 1810, a la par con el de Inglaterra. En 1812, el Secretario de Estado Norteamericano, James Monroe, exteriorizó ante dirigentes republicanos de Méjico sus intenciones de que este país

17. S. Bolívar. Ob. cit., I, doc. 125

se liberara para agregarse a la confederación norteamericana. Entonces ya los Estados Unidos se habían apoderado de Luisiana y estaba decidido que ocuparían violentamente Texas, Nuevo Méjico y otras provincias del país vecino, a base de dividir y confundir su movimiento independentista. La mezquina ayuda norteamericana en armas a los gobiernos republicanos de Caracas y Cartagena se realizó únicamente bajo la consigna de debilitar el poder español para ganar el control de sus colonias.¹⁸ Como lo ha explicado Blanco-Fombona, los republicanos apoyaron la Doctrina Monroe porque su planteamiento coincidía con el panamericanismo de la burguesía, envolviendo sin embargo otra intención.¹⁹

En abril de 1825 el Libertador volvía a la carga sobre su idea original: "...que se pase por todo - escribe - , con tal que tengamos federación: que se tenga deferencia a todo lo que se exija por cualquier parte que pretenda alguna extravagancia tolerable, aunque sea por algún tiempo; quiero decir que se conserve a todo trance la reunión federal, y la apariencia de este cuerpo político. Su mera sombra nos salva del abismo o nos prolonga la existencia, por lo menos."²⁰

El sueño de Miranda, Nariño, Bolívar era justo, y no se hizo realidad ni siquiera a nivel de los países bolivarianos, no por "falta de pueblo", como suponen algunos, sino por falta de época histórica. La naciente burguesía no era económica ni políticamente capaz de semejante operación frente a las potencias capitalistas. La confederación de naciones no prosperó, no porque prevalecieran las pugnas personales o las divergencias entre granadinos y venezolanos, sino principalmente porque el carácter de la formación económica y social de las colonias hispanoamericanas no beneficiaba ese proyecto. Nos referíamos al predominio de la producción de subsistencia, a una industria minera pujante pero que no capitalizó a las colonias ni creó mercado interior, a la supervivencia de las lacras que había dejado el régimen tricentenario de monopolio comercial, de atraso de la producción, de aislamiento comercial y político de las colonias, de debilidad demográfica, de creación de fuertes oligarquías regionales... Encima de ello, al término de la guerra la economía de los países estaba sumida en el desastre; su espina dorsal, el comercio, permanecía paralizado por falta de producción agropecuaria. Solo los grandes monopolios norteamericanos de nuestros días les ha sido reservada la tarea de hacer realidad, en los marcos de la OEA, no la federación de países y pueblos libres sino la caricatura sangrienta de la unión.

18. Blanco y Azpúrua, III, doc. 650

19. R. Blanco-Fombona. El espíritu de Bolívar, cap. V, nota.

20. S. Bolívar. ob. cit., II doc. 870

Se ha escrito mucho sobre las actitudes dictatoriales de Bolívar, sobre su tendencia a sustentar un régimen de fuerza. Algunos de quienes han adelantado la crítica parecen imaginar una revolución sin exageraciones, sin violencia, sin crueldades. Tal cosa nunca ha ocurrido, y al contrario, nada hizo más daño a la primera república granadina que la lenidad con que fueron tratados sus enemigos.

Bolívar resumió una línea de conducta al proclamar que "para salvar la patria combatida por todas partes es indispensable medidas fuera del orden común."²¹ Tal conducta es una ruptura con el legalismo aristocrático, que se esgrime supuestamente para defender a los pueblos pero en realidad para proteger los intereses de las clases que los oprimen. Nada revela mejor las verdaderas intenciones de la burguesía moderada y derechista que los aplausos al legalismo santanderista, que en el fondo perseguía la rápida institucionalización de los privilegios de la oligarquía criolla, agrandados por los triunfos republicanos en la guerra emancipadora.

En contraste, Bolívar aceptó sin hipocresía que el poder político es una forma de violencia. Sus medidas de fuerza estaban dictadas por la impenetrable defensa de la revolución burguesa y de las masas combatientes comprometidas en ella. El ejercicio de facultades extraordinarias entre 1813 y 1828 lo acercó al pueblo, no lo alejó. Las medidas económicas adoptadas en 1827 fueron censuradas principalmente por los grandes terratenientes, hacendados, comerciantes, por quienes manipulaban el negocio de la carne, monopolizaban el comercio y ejercían el contrabando.²²

La obra de demoler el aparato colonial solo vino a presentarse un cuarto de siglo después de alcanzada la independencia de España con las armas en la mano, y fué tal su desafío que casi inmediatamente se abrió una nueva época de guerras civiles que solo vino a calmar cincuenta años más tarde, no cuando el régimen demoliberal se impuso sino cuando nuestros países entraron abruptamente a ser dependientes de un nuevo poder mundial. El imperialismo aprovechó la paz que impuso la reacción a nuestras contiendas intestinas sólo para adueñarse de nuestra soberanía, repetir en un estadio mucho más alto el saqueo de nuestras riquezas naturales y el sometimiento de las clases dirigentes criollas.

21. Ob. cit., I, doc. 66

22. Ver: Joaquín Posada Gutiérrez. Memorias Histórico-políticas, tomo I cap. vigésimo.

La actitud bolivariana ante una posible solución monárquica de la crisis colombiana de postguerra va envuelta en este asunto.

Las tesis monarquistas eran acogidas por renombrados dirigentes políticos de América. La solución era pedida por la oligarquía ligada al gran comercio y a la producción agropecuaria, "cansada" de soportar innovaciones políticas que perjudicaban sus negocios; esa oligarquía abogaba por un régimen de fuerza, intolerante en la defensa de las clases en el poder. Todos exigían "seguridad" para sus fortunas y fin de la "anarquía", ejemplarizada en el conjunto de países del continente por los constantes disturbios y guerras civiles: Méjico, Guatemala, Buenos Aires, Bolivia, Perú, Chile. Bolívar mismo, al proponer a los monarquistas venezolanos el abandono de sus tesis y la adopción en cambio de la Constitución boliviana, esperaba que su proyecto sería respaldado "por todos los partidos que no sean exagerados, o, por mejor decir, que quieran la verdadera libertad con la verdadera estabilidad".²³ A los ojos de los caudillos colombianos ello no era, pues, producto de hondos desequilibrios sociales no saldados por la revolución sino culpa del sistema republicano de gobierno como tal.

Debatiéndose entre su mayor desilusión republicana asaltado por dudas y desconfianza, Bolívar rechazó privada y públicamente las insinuaciones venezolanas y granadinas en favor de establecer la monarquía, pero al mismo tiempo, antes y después de los sucesos de septiembre de 1828, reservadamente llegó a aceptar como posible una solución monárquica bajo auspicio europeo, en contraposición al ascenso del capitalismo norteamericano bajo la aureola de la "libertad".

Es sabido que los gobiernos británico y francés estimularon en el Libertador semejante alternativa con el pretexto de que era indispensable estabilizar a los nuevos gobiernos hispanoamericanos. Agentes diplomáticos de los dos Estados en Bogotá no ocultaron su simpatía por el proyecto monárquico. Bolívar orientó sondeos políticos en esos dos países y procedió a desautorizar las gestiones de sus ministros sólo cuando se convenció de que la propuesta no tenía suficiente acogida entre sus compañeros de lucha, había despertado gran descontento en Venezuela y Nueva Granada e iba a encontrar cerrada oposición en la mayoría del congreso de 1830. Pero sobre todo cuando se convenció de las intenciones británicas en favor de que el acuerdo se formalizara con intervención de la casa real española.

23. S. Bolívar. Ob. cit., II, doc. 1050

El proyecto de monarquía y la intervención de las potencias son una misma cosa: expresión de colonialismo del gran capital. Se equivocan quienes creen que a las ricas dinastías europeas les interesaba el triunfo del régimen republicano en las colonias de América. Tampoco a la aristocracia criolla. Bolívar fué más honesto que nadie al expresar sus dudas acerca del sistema liberal. Les preocupaba la prolongación del sistema colonial, a unos, y el dominio hegemónico de clase, a los otros. El régimen republicano apenas comprobó ser el más a propósito para elevar económica y políticamente a la nueva clase explotadora. No hubo tal desinterés patriótico de los voceros europeos, ni de los americanos. Allí estriba el engaño de los historiadores que hacen "bolivarismo" o "santanderismo". La acogida a Santander en Europa y los Estados Unidos después de la conspiración septembrina no fué el saludo a la justicia social en América sino al jefe del partido político que podía servir de puente para continuar garantizando el sometimiento de América a las potencias colonialistas. Por ese camino los gobiernos de Inglaterra y los Estados Unidos se habían colado ya al Congreso Anfictiónico de Panamá. No hay mayor elogio para Bolívar que su "impopularidad" en los círculos dirigentes europeos de su tiempo. Bolívar abre la época de la lucha de los pueblos latinoamericanos contra el imperialismo norteamericano, cuando éste ya había empezado a despedazarlos.

El enfrentamiento de república y monarquía, en esencia, era una ficción, una obra de teatro de la política de entonces. Ocurrió algo similar al debate entre federalismo y centralismo en 1823. Sectores bolivarianos auspiciaron al monarquismo como solución inaplazable para contener la disgregación de Colombia, pero sus opositores no eran más republicanos ni menos militaristas que ellos, aunque formalmente se revistan de un halo democrático. Era el liberalismo, uno y otro, pero ya no el patriótico y revolucionario de 1810 sino el instrumento de dominación de la clase burgueseterreniente que había conquistado el poder. El enfrentamiento es ante todo expresión de tendencias en el liberalismo, que se consideraba "el organizador del poder social en el siglo XIX"²⁴ y que a la postre daría configuración a los dos partidos tradicionales colombianos, unidos en adelante por una franja intermedia donde tienen lugar, históricamente, las componendas políticas, su reparto del mando.

La constitución de 1830, cuando Bolívar estaba vivo, es mucho menos antirrepublicana y antipopular que la de 1843, elaborada por los enemigos del Libertador y cuando éste y su partido hacía rato habían desaparecido, Los mismos núcleos "democráticos" que en 1828 acusaron al gobierno de dictadura y censuraron acremente los decretos bolivarianos sobre cons-

24. G. Hernández de Alba y Fabio Lozano y Lozano. Documentos del doctor Vicente Azuero, pág. 275.

piradores, tachándolos de tiránicos, apenas tres años después declaraban espuria la Constitución de 1830, clamaban por leyes contra los conspiradores y pedían un sistema "regenerador" capaz de ejecutar fuertes represalias encaminadas a destruir a sus opositores políticos, los bolivarianos, en una táctica que se acercó cada vez más a la restauración de las odiosas formas del Estado colonial.²⁵ En uno y otro caso es claro que la clase dominante que dirigió la revolución se alejaba de las masas populares, se constituía en principal usufructuario de la independencia.

La esencia del legalismo liberal, de respeto a las leyes e instituciones, defensa del orden público y acatamiento de la autoridad, es la dominación de clase.

A los dos principales bandos republicanos en pugna los unió siempre su fé en el militarismo.²⁶ El militarismo de la segunda república no fué un adefesio del régimen, algo que pudiera contraponerlo a las formas monárquicas, ni una exclusividad del partido bolivariano. Era la política de la facción que estuviera al mando del gobierno: en 1828, contra los conspiradores liberales; en 1832, contra los restos del partido bolivariano. El civilismo santanderista fué ante todo una táctica contra el partido de Bolívar. Asimilando la lección de 1816, decía Santander en vísperas del Congreso de 1821: "Quisiera olvidarme de que necesitamos un sistema representativo" y "si volvemos ahora al sistema de sesiones, consideraciones, apatía, irresolución y cuerpos colegiados retornaremos sin remedio a la muerte".²⁷

El sistema republicano era un remedo de democracia, una apariencia de libertad popular; aunque la revolución golpeó profundamente a la esclavitud, no la exterminó y tampoco cambió instituciones coloniales como los privilegios profesionales y los fueros militar y eclesiástico, e inclusive restituyó los odiosos monopolios estatales que frenaban el desarrollo de las empresas privadas.

El régimen republicano era el de la burguesía en ascenso; no el régimen popular sino la democracia burguesa limitada. La crítica sobre la falta de "libertades" la hizo la burguesía liberal, no las masas del pueblo, alejadas de las posiciones de poder y de presión políticas. La burguesía pedía la libertad y la civilidad para ella, no para el pueblo trabajador. El valor del partido bolivariano estuvo en señalar que la bandera democratista era una amenaza para la victoria total sobre el colonialismo y para lograr la organización de la república, el avance irreversible de las nuevas instituciones.

25. Ob. cit., págs. 303 y sig.

26. R. Cortázar. Ob. cit., II, doc. 886, y IV, doc. 1512

27. Ob. cit., II, doc. 694

Bolívar enseñó que no era la democracia burguesa absoluta, el liberalismo en todo su furor romántico lo que la nación necesitaba para triunfar de los enemigos de la república, sino un régimen fuerte, con capacidad de decisión ejecutiva. No fué la inspiración conspiradora liberal de 1828 ni las desaforadas tesis librecambistas de Florentino González o los polémicos estados de ánimo de Vicente Azuero lo que salvó la segunda república granadina, sino las oposiciones que por encima de cualquiera otra consideración de Ley, "justicia", razón o "humanitarismo" pusieron la necesidad de exterminar el dominio español en nuestro suelo. Los ultraliberales de la época no personificaban las tendencias de progreso sino el idealismo republicano. La victoria del nuevo régimen se conquistó con actos de mando y audacia antes que de "consulta popular", con situaciones de hecho antes que con recitativos constitucionales. Así hay que entender la importancia histórica del Congreso venezolano de 1811, de los congresos de Angostura y Cúcuta o de la convención de Ocaña, y así también la determinación de Bolívar de asumir poderes extraordinarios al amparo de la única organización con carácter democrático de cierto desarrollo existente entonces: el ejército anticolonial. La historia de sesenta años de guerras civiles diría después cómo ese gamonalismo militarista se convirtió en institución, echó por tierra los clamores hipócritas y acabó por crear un ejército domesticado al servicio de las clases explotadoras.

5

Genio de la guerra y de la pertinacia en la lucha, Bolívar es doblemente genial en la batalla política. Su gran mérito es haber logrado superar los marcos de acción y pensamiento de los prepotentes caudillos provinciales de su tiempo y haber conquistado rápidamente, casi que naturalmente una concepción continental de la revolución hispanoamericana.

Su valor es igualmente el de haberse mantenido irrefrenable en medio de las discordias políticas, desplegando las constancias, la audacia y la "entera consagración" a la lucha, que señalara Santander.²⁸ Una franca conciencia clasista lo llevó a aprovechar para el proceso revolucionario los más amplios sectores del descontento americano, desde los aristócratas hasta los esclavos, sin hacer concesiones a la demagogia y apuntando siempre contra el enemigo común de los pueblos del continente: el colonialismo.

Sus equivocaciones y desvaríos son el precio de su supervivencia política en medio de una clase social y un orden social que él ayudó a edificar pero que explicablemente acabó por apartarlo a un lado, como un estorbo.

28. Ob. cit., II, doc. 51

Sus cartas, proclamas, mensajes son escritos llenos de agudeza y pasión, que describen la virtud del combatiente popular y las amarguras del líder político, entregado a los debates de su tiempo, al conflicto de las ideas.

El se había adelantado a todos sus contemporáneos también en este terreno, y bajo clara inspiración del materialismo mecanicista meditaba sobre el futuro de la sociedad: "Los cuerpos que, en la naturaleza, parecen en reposo - escribió -, es por la igualdad de la acción de las fuerzas que obran sobre ellos. Cuál será pues el efecto de esta igualdad en las operaciones políticas? Tan solamente la igualdad tiene facultad para dar el reposo del contento en los cuerpos sociales". "Para formar un sistema de justicia o un gobierno - añadía - se debe pedir la igualdad, que es la materia y sin la cual no hay nada justo, ni útil por lo mismo, y la libertad, que es el movimiento de la materia social, pues no hay acción moral sin cierta libertad".²⁹

Es un burgués no vergonzante. Declara su recelo frente a las clases mestizas o pardas, de las cuales admite que están oprimidas por el régimen republicano y son capaces de luchar por sus derechos.³⁰ "La igualdad legal - apunta entonces - no es bastante, por el espíritu que tiene el pueblo, que quiere que haya igualdad absoluta, tanto en lo público como en lo económico; y después querrá la pardocracia, que es la inclinación natural y única, para exterminio después de la clase privilegiada".³¹ En 1826, previniendo sobre las consecuencias que podría desencadenar la insurrección militarista de Venezuela, escribía a Páez frases que hoy parecen una admonición para la sociedad que se desarrolló después de su muerte:

"Considere Vd., mi querido general, quién reunirá más los espíritus, quién contendrá las clases oprimidas. La esclavitud romperá el yugo; cada color querrá el dominio, y los demás combatirán hasta la extinción o el triunfo. Los odios apagados entre las diferentes secciones volverán al galope como todas las cosas violentas y comprimidas. Cada pensamiento querrá ser soberano, cada mano empuñará el bastón, cada toga la vestirá el más turbulento. Los gritos de sedición resonarán por todas partes(...) qué partido tomaremos? En qué arca nos salvaremos? (...) Pienso que si la Europa entera se empeñase en calmar nuestras tempestades no haría quizás más que consumir nuestras calamidades. El Congreso de Panamá, institución que debiera ser admirable si tuviera más eficacia, no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los buques que navegaban. Su poder será una sombra y sus decretos meros consejos: nada más".³²

29. V. Lecuna. Papeles de Bolívar (Pensamientos políticos)

30. S. Bolívar. Ob. cit., II, doc. 1175

31. Ob. cit., II, doc. 870

32. Ob. cit., II, doc. 1175